

DIEGO MÉNDEZ Y EL AMOR A LA PATRIA CHICA

PEDRO A. LILLO CARPIO

La figura de Diego Méndez solamente se puede entender enraizada, aferrada a los agrestes roquedales multicolores del impresionante valle donde brota Caprés. Sólo se le puede imaginar allí, como lo están los nervudos y añosos almendros de oscura y rugosa corteza, soportando pacientemente el secano del estío y las ventoleras invernales, fuerte, impertérrito, contemplando ese paisaje de atmósfera limpia, nítida y quieta en la que el tiempo, cristalizado, ha dejado de tener sentido.

Diego Méndez, el Tío Juan Diego para los allegados, con el cariñoso apelativo heredado de su padre, es el eslabón de una sólida cadena de varones protagonistas sucesivos en la política de ese microcosmos de ensueño que ha representado Caprés. En las montañas de la zona habían visto sus antepasados, de niños, a Jaime Alfonso el Barbudo, el decimonónico bandido generoso, seminarista, galante y carlista que, tras caer en la Garganta de Crevillente en manos de la justicia sería ejecutado, descuartizado y frito en la Plaza de Santo Domingo de Murcia y sus trozos repartidos por los confines del territorio que vivió sus tropelías como ejemplo edificante. Los niños habían sido los encargados de llevar corderos y otros víveres a la partida de Jaime cuando se guarecía en los montes de Caprés; los pagaba generosamente. Y, así, muchas más historias, ciertas, desdibujadas y aderezadas con la solera de la tradición oral.

Diego formó parte y fue protagonista de esa última fase del patriarcado rural, íntimo y afable, modesto y señorial, relicto y humano que es joya de nuestra antropología cultural; de esa sociedad tradicional agropecuaria que, a mediados de nuestro siglo, fue abastida de forma imparable y abocada a una diáspora vertiginosa en aras del desarrollismo, la industrialización y la mecanización propia de otras áreas, en torno a las grandes poblaciones. Fue, ha sido, el hombre emprendedor, ingenioso, incansable; el concededor de las

técnicas, métodos y artes vinculados con explotaciones agropecuarias e iniciado en el difícil arte de luchar y dominar el medio duro y hostil de la agricultura en la montaña subdesértica con medios ancestrales. Y fue capaz y lo aprovechó al máximo conduciendo los escasísimos caudales hídricos para lograr el milagro de mínimos vegetales con máximos esfuerzos.

Pero el trabajo cotidiano dejó al Tío Juan Diego tiempo suficiente como para indagar en su entorno inmediato con otras perspectivas. Le preocupaba el pasado, el pasado remoto; y, aún más quería saber el por qué de las cosas. En sus interrogantes y en su inquieta y vehemente búsqueda del pasado a través de los testimonios materiales halló la mano amiga de otra persona también entrañable, la del Maestro de Enseñanza Primaria Don José Crespo, apasionado estudioso de los testimonios del pasado humano y geológico. Con él buscó y halló, en las denudadas y áridas vertientes de los impresionantes valles de la sierra los minerales, los fósiles y los fragmentos líticos y cerámicos que relataban, de forma críptica e incompleta, los distintos capítulos del pasado de esa recóndita y mínima parcela de nuestra geografía hace sesenta años.

El devastador paso del tiempo, la lánguida y acelerada emigración de la población joven, el enorme cambio de los patrones económicos, la crisis de las áreas rurales o la pérdida de las estructuras tradicionales no le hicieron cambiar un ápice en su empeño. Siguió con su gran interés por los testimonios materiales del pasado con un apasionado cariño. El enfervorizado amor por su tierra, por el entorno inmediato que le vio nacer, en el que vivía y por el que vivía adquirió en la última etapa de su vida un mayor vigor. Desde su enorme y compleja casa subterránea, como un redivivo Minos en su Laberinto, conservó un mundo especial, pretérito, casi irreal; y lo conservó para él y para los que fuimos sus amigos. Como perfecto anfitrión siempre tuvo para sus visitantes, para el excursionista o para el grupo de profesores universitarios, abiertas las puertas de su casa y su variopinta y abigarrada colección de minerales y fósiles. Y abierto estaba también su espíritu, generosamente dispuesto como exponente de una generación y de una sociedad que había sido testigo y protagonista de una dilatada época irrepetible y que irremediamente desaparecía, se había esfumado.

Nos queda su recuerdo. La memoria de una serie de retazos de evocaciones de gentes buenas, fuertes, sufridas, curtidas por el sol y el trabajo; y el brillo de sus ojos, brillantes e intensos, la risa cantarina de niños de hace casi un siglo que se preguntan, que nos preguntan, intensamente preocupados por el enigma del por qué, del cuando y del como de su mágica y particular cosmogonía.